

*Fidel Castro,
Adolf Hitler y
François
Mitterrand, tres
políticos en la
cartelera*

**MARY G. SANTA
EULALIA**

El indomable realizador Oliver Stone aterriza de nuevo en Cuba, un año después de haber rodado Comandante, con intención de escuchar la versión de Fidel Castro respecto a la crisis que provoca en la isla la disidencia interna y la oposición internacional a su gobierno, auspiciada por Estados Unidos. A esto se refiere Looking for Fidel (Buscando a Fidel), EEUU, 57m. 2004, su documental/entrevista. Naturalmente, los protagonistas son Fidel Castro y él.

Se alude a dos sucesos ocurridos paralelamente en el año 2003: el conflicto bélico que estalla sobre Irak y la cadena de secuestros de barcos y aviones que se desató en Cuba por individuos deseosos de emigrar a Miami y establecerse allí. Fueron arrestados 75 de ellos, acusados de ser agentes de EEUU y de conspirar contra la Revolución cubana. A

CINE

tres, que habían retenido a viajeros como rehenes en un ferry en la bahía de La Habana, se les impuso pena de muerte, tras juicios sumarísimos. Como efecto de tal medida, se recrudecieron las condenas de intelectuales y autoridades de varios países hacia el régimen castrista. En relación con dichos acontecimientos y apuntando insistentemente hacia la posibilidad de que el dictador cubano reflexionara en voz alta sobre sus planes de futuro, su retirada y proyecto de abrir a una generación joven el acceso a los puestos de Gobierno de Cuba, el documental aporta pocas esperanzas.

Voluntariamente, por parte de Castro, ninguna. La película valdrá siempre como celuloide histórico y retrato en vivo. Hay, por ejemplo, una secuencia del encuentro del director con Fidel Castro y los detenidos por intento de secuestro, en donde éstos declaran haber actuado por motivos económicos. Castro que, en toda ocasión, subraya la extensión de la educación gratuita y la sanidad para todos, establecidas por su Revolución, les echa en cara que desearan comprarse... un automóvil. En la realización, se resiente la claridad y el control de la imagen, de cuando en cuando, por el uso de la cámara en mano, a merced del pulso, a ratos, inseguro del fotógrafo. En cuanto al fondo de la cuestión, parece inhibirse el director de tomar posiciones. Se acerca a jóvenes cubanos que, en las calles de La Habana, se manifiestan con aplausos y vítores hacia Castro y deja a éste, anclado en su dictadura, que se justifique él mismo ante los ojos del mundo. Que le juzgue la historia.

En El hundimiento (Alemania, 2004), de Oliver Hirschbiegel, con Bruno Ganz como principal intérprete personificando a Adolf Hitler, se narran los

últimos días de éste. Sus ejércitos cosechan derrotas en todos los frentes. Los rusos han rebasado las entradas de Berlín. Ninguno de los movimientos estratégicos de tropas que propone el jefe nazi puede ya impedir su total conquista de la ciudad. Convencido de lo irreversible de la situación, el Führer, antes de caer prisionero del enemigo, determina quitarse él mismo de en medio. Ordena que se quemem sus restos. En los momentos finales, parte de sus seguidores abandonan el escondite; sólo permanecen a su lado unos pocos. Fieles a un nacionalsocialismo ciego, como Joseph Goebbels (Ulrich Matthes), su esposa Magda (Corinna Harfouch). A esta mujer le cabe pulsar la nota más grave en el drama, cuando dispone del futuro de sus hijos, sin el menor temblor de conciencia. Luego "posa" frente a la pistola de su marido y él se suicida, acto seguido. En tanto el caos se apodera de la capital alemana, bombardeada por los cuatro costados, van cumpliéndose las últimas voluntades del dictador en el bunker. Se casa con Eva Braum (Juliane Köhler) y despide a sus empleados. El relato brota de la memoria de una joven mecanógrafa y taquígrafa, Traudl Junge (Alexandra María

Lara) que fue su secretaria en aquellos días en que acababan su vida y mando. Ganz, como otros actores en parecido cometido, incide en repetición de movimientos y gestos estereotipados que, por ese motivo, se vuelven contra el intérprete, necesariamente. La película, carente de algún resumen o antecedente sobre el personaje, tiende al desequilibrio. Para una información de cara a los siglos por venir, es una biografía incompleta. Desproporcionadamente prolongada en su descripción de la instalación subterránea y sus habitantes, en detrimento de la exposición de la causa de la caída de Hitler en aquella ratonera, para morir. Se elude la proyección de su ideología, por la que ejerció un poder inhumano durante una decena de años aproximadamente. La película olvida repasar el itinerario vital del individuo que la protagoniza y de lo que supuso su carrera militar y política: material básico para entender la clase de muerte a la que se acogió. No hoy, porque las generaciones que ahora cuentan 50, 60 y más años recuerdan la magnitud de su desvarío, que causó tantos daños y costó tantas vidas a Alemania y al mundo en general.

El film se resiente, principalmente, de la falta de los antecedentes dichos. El director marsellés, Robert Guédiguian, ha tomado la iniciativa de conservar en celuloide al penúltimo presidente de Francia, ya fallecido. Presidente Mitterrand (El Paseante del Champ de Mars) (Francia, 2004) es el retrato, para el que se ha servido de un actor, Michel Bouquet, del que podría sentirse satisfecho el propio personaje. Otros colegas participan en la película, con cometidos de menos relevancia: Jalil Lespert (Antoine Moreau), Philippe Fretun (Doctor Jeantot), Anne Cantineau (Jeanne), Sarah Grappin (Judit). Se contemplan los últimos días de vida de François Mitterrand (1916-1996), que desempeñó su alto cargo desde 1981 a 1995. En concreto se ha elaborado una obra que reconstruye, de palabra, esos catorce años en la silla presidencial del palacio del Elíseo. No podía menos que resultar densa, aunque se haya tratado con mesura y sobriedad. Hasta se ha introducido una historia secundaria, con elementos dramáticos y sentimentales, que afectan al coprotagonista, el periodista que conversa con Mitterrand, vehículo para los efectos de

diversificación y
amenidad necesarios.
Un descanso para el
espectador. Michel
Bouquet ha hecho una
adopción feliz de la
identidad de Mitterrand,
comprendido el
compromiso de
transmitir lo que
significó la presencia de
éste como socialista en
una época, según
señala Guédiguian, en
que se venían abajo los
estados socialistas. El
discurso del Presidente,
que enumera los
avances introducidos
en la sociedad a lo
largo de la historia,
naturalmente, no se
desarrolla de golpe y
seguido, sino con
intermitencias
planificadas, pausas
razonablemente
graduadas. Por
supuesto, sería mucho
pedir que este film
divirtiese o hiciera reír.
Nada más lejos de su
propósito. El enfoque,
más intelectual que
emotivo, no será plato
para cualquier tipo de
paladar. No obstante,
su articulación está
planificada con buen
criterio de espectáculo,
con equilibrio, tacto y
adecuadas fórmulas
para su comprensión y
para inspirar curiosidad
por la personalidad y el
pensamiento del
desaparecido
presidente, a quien se
trata con respeto
absoluto en todo
momento.

Alegato contra el
belicismo,
discretamente

presentado por Bahman
Ghobadi, Las tortugas
también vuelan (2004)
procede de Irak-Irán. Es
un drama disfrazado
casi de comedia e
interpretado por Avaz
Latiz, Soran Ebrahim,
Hirsh Feysal, Saddam
Hossein Feysal, Abdol
Rahman Karim. Esta,
cronológicamente,
tercera película del
director kurdo Ghobadi,
que fuera ayudante del
más conocido iraní,
Abbas Kiarostami, llega
a España antecediendo
a las primeras, y gana
la Concha de Oro de
San Sebastián, en
2004. A pesar de lo
ingrato de su punto de
partida y de su
contenido, se hace
perdonar en razón de
un tratamiento ágil e
inteligente. De esa
manera logra paliar o
difuminar el espanto
que produce aceptar
como normal lo que va
a contarse. Los
personajes del film
constituyen una pandilla
de chicos kurdo-
iraquíes, una parte de
ellos, víctimas de
guerra en temprana
edad, mutilados por
minas antipersona, que
sobreviven
comerciendo con tan
peligrosos artefactos.
Se dedican a buscarlos
y a venderlos en el
mercado negro. En ese
siniestro marco de
existencia, el más
espabilado de ellos,
Kak Satellite, organiza
a sus camaradas con
objeto de instalar una
antena parabólica
mediante la que los

vecinos del pueblo
puedan seguir las
noticias del ataque de
Estados Unidos al
gobierno de Sadan
Hussein, información
que todos están
ansiosos por recibir. La
película se rueda en un
territorio desolador, en
un ambiente de
pobreza, sequedad y
aridez que retrotrae al
pasado estilo
neorrealista, en su más
descarnado aspecto.
Como en aquel, se ha
echado mano, para el
reparto artístico, de
actores no
profesionales, entre los
cuales hay niños
huérfanos y
auténticamente lisiados
de la región del
Kurdistán. Lo que
impregna la película de
sustancia documental,
a fin de cuentas, y de
proclama por la paz.

Desde otra perspectiva,
pero también acusando
la beligerancia entre las
gentes como vehículo
de la desgracia de
inocentes, la directora
Sabiha Sumar, en El
silencio del agua,
cuenta la tragedia de
una modesta habitante
(Kirron Kher) de un
pueblecito de Pakistán.
Con el propósito de dar
relieve al cincuenta
aniversario de la
independencia de este
país, 1977, Sumar se
interesó por la situación
del mismo en 1947.
Fecha histórica por la
retirada del Gobierno
británico del
subcontinente hindú y
por la desgarradora

división de la India y Pakistán, en razón, básicamente, de las dos religiones que profesaba su población. Se encontró con una aplastante información referente a violencias ejercidas sobre las mujeres en aquellas circunstancias, en las zonas fronterizas del Pujab y de Bengala. Violencias de las más diversas catalogaciones, desde el rapto hasta el martirio, exigido por los propios padres, entendido bajo los más crudos fundamentalismos como defensa del honor de la familia. La gravedad del caso se acentuó en el caótico desplazamiento de unos 10 millones de hinduistas a la unión India, mientras cerca de 8 millones de musulmanes emigraban a Pakistán. La islamización de este territorio, introducida por grupos de exaltados, va a ser instrumento de un mayor tormento para una madre hinduista que, alejada de los suyos, ha vivido en un exilio interior, escondiendo sus creencias, adaptada a las de su entorno. Sin embargo, pierde toda esperanza al ver a su hijo (Aamir Malik) irreversiblemente comprometido en una campaña de extremismo musulmán. La película está realizada con esmero

de documentalista ecuánime, con búsqueda de sucesos del pasado, en frecuentes secuencias bien delimitadas y suficientemente explicativas. Sin cargar las tintas dramáticas, pero sin orillarlas tampoco. En fin, ha obtenido premios: en Locarno, 2003, Leopardo de Oro, a la mejor interpretación femenina; premio del Jurado Ecuménico; del Festival de los 3 Continentes, de Nantes, 2003; Montgolfiere de Plata; Premio FIP/ Premio del Público.

Benito Zambrano trae su Habana blues (España, 2004) con un puñado de excelentes intérpretes : Alberto Joel García Osorio, Roberto Sanmartín, Yailene Sierra, Marta Calvó. Alumno aventajado de la Escuela de Cine de San Antonio de Baños (Cuba), como demostró, sin ir más lejos, ante el jurado del Festival de Berlín, 1999, con Solas, vuelve a la arena el realizador sevillano. Así nos da oportunidad de comprobar la larga duración de su calidad y que no ha perdido un ápice de talento artístico en el curso de los seis años que separan su primer largometraje del segundo, que estrena ahora. No defrauda y eso es bastante decir, porque se esperaba de

su Habana blues una exigencia de nivel, por lo menos como el alcanzado en su bautismo de dirección. Lo consigue sumergiéndose en la intimidad incuestionablemente incómoda del país, venido a menos, y de sus ciudadanos, sin deformarla por partidismo, en un sentido o en el contrario. Tampoco rehúye conceder a la película la condición de homenaje que deseaba rendir a Cuba, evitando servilismos y superficialidad: no tiene tacha, desde ese punto de vista. Pone los cinco sentidos para expresar la vibración del pueblo, ilusiones comprendidas, englobada en los sinsabores del día a día; acercando a primer término los problemas personales más agudos, junto al peso que hace gravitar sobre la gente la situación de crispación política. Los actores, a las órdenes del director Zambrano, se comportan como apasionados instrumentistas marginales, con impecable verismo. A la vez, les acompañan exponentes de una espléndida creatividad musical popular, mezcla de ritmos y sonoridad contemporáneos, nativos de su tierra o ajenos, que se interlazan con contrapuestas relaciones de amistad, de amor, de celos, de

ambición, etc. Todo ello impregnado de precariedad notoria, a la que contribuye el universo exterior. Sobre un anhelado triunfo fuera de la isla, hacia donde dirigen los artistas una mirada de ilimitada confianza, el sector "negocio", incluida España, les ofrece un trampolín tramposo, con desembocadura en predecible esclavitud.

Un texto de fantasía es la base de Millones (EEUU-Reino Unido), del director británico Danny Boyle. Nacido en Manchester, autor de 28 días después y Trainspotting, entre otros títulos, se esmera en temas singulares y con intérpretes, también poco vulgares, como Alexander Nathan Etel, Lewis Owen McGibbon, Daisy Donovan, James Nesbitt, a quienes ha coordinado en esta ocasión. Más que una historia convencional, expone, sobre guión de Frank Cottrell Boyce, una situación puntual, que descansa en la actuación de unos protagonistas infantiles, pero anima con observaciones sardónicas, de adultos, y complementa con ingredientes de surrealismo inefable. Los hermanos Cunningham, de 9 y 6 años de edad, huérfanos de madre y cuyo padre les cuida con verdadero celo, revelan distintos

temperamentos. Reaccionan de forma diametralmente opuesta ante lo que quiera que suceda. Pero bien asociados entre sí. El mayor, Anthony (Lewis Owen McGibbon), es un chaval que domina las situaciones más desconcertantes con una serenidad envidiable; se desenvuelve con un gran olfato financiero y sentido práctico ante cualquier acontecimiento. Es perspicaz y avisado, manipulador a su favor de las debilidades de sus iguales y de las de los mayores. El segundo, Damian (Alexander Nathan Etel), es candoroso, se sume constantemente en un universo celestial, entre todos los santos, dando testimonio de la probabilidad de los milagros. Una fortuna les cae, inopinadamente, del cielo y les depara una riada de conflictos. Sabrán valorar el dinero, en su justa medida, por los problemas que les crea, contando el todavía en ciernes cambio de libra esterlina en euro. Obra original, aspiración del director a celebrar la imaginación bondadosa y soñadora de la infancia, finamente regida por medio del humor y bien cumplida por los dos chicos, sus camaradas y los adultos que les sirven de contrapeso.

Con la cinta de este nombre, Heroína, el español Gerardo Herrero participó en el Festival de Málaga del pasado abril. Un argumento social de provincias. Prácticamente, de denuncia, basado en un auténtico levantamiento de mujeres contra el narcotráfico. Lo llevaron a cabo, de verdad, solas, unas valientes madres de Vigo, en los años 1980, motivadas por Carmen Avendaño, vitalista y fervorosa defensora de los jóvenes dependientes de la droga, entre los cuales, se encontraba un vástago suyo. Encarna a esa mujer Adriana Ozores, con máxima eficacia y sinceridad, junto a Javier Pereira, en su hijo drogadicto, Fito; María Bouzas, como Fina, su mejor colaboradora, y Carlos Blanco, como su marido, entre otros actores. La carta que juega más sensiblemente Herrero es la depresión que paraliza a las familias al enterarse de que alguno de sus miembros está "enganchado" en esa cadena y la crispación que afecta a las relaciones entre los demás, como entre Carmen, su marido, y sus otros hijos, conforme Fito se va enredando más y más en actos delictivos, por su imperiosa necesidad de heroína.

Paralelamente, su madre se atrinchera en la voluntad de sacarle de la ruina y de la dependencia. Formal ambientación, sobre el terreno, por la apariencia de calles, locales y actores secundarios, la movilización del pueblo y las actitudes y ataques y amenazas presumibles de los negociantes de la droga. Esta última faceta no alcanza la tesitura dramática que apunta, en cambio, un inicio de deterioro afectivo del matrimonio —perfilado con mano maestra por el realizador y, a su altura, reflejado por sus dos intérpretes—. La situación emerge como un gran tema, en primer plano, neto y en relieve tal, que el resto se desdibuja; lo vemos como fuera de foco. Toda la película o lo más sobresaliente de ella es ese estado de desconcierto en los cónyuges.

Otro tema social viene también de provincias, pero esta vez de Marsella, Francia. Se titula *Mi padre es ingeniero*. Lo remite Robert Guédiguian, dentro de su línea de pensamiento y compromiso con las clases sociales suburbanas, en esta hora de la historia de Europa, entretejidas con inmigración. Al cabo de los años, Guédiguian cambia su

modelo de exposición, elevando los problemas que en su anterior etapa (desde 1980) trataba desde la cercanía máxima a sus sujetos, a niveles de símbolos, a conceptos más abstractos. Desde esta altura, traza unas líneas de separación entre pasado, presente y proyección de futuro, cruzando entre esos tiempos, la elección cristiana del Nacimiento de Jesús en un portal de Belén, rechazados José y María por extranjeros y por pobres, equiparable a la negación violenta de ciudadanos de hoy día al amor de jóvenes de distinto origen. También plantea otros aspectos de controversia, como la aportación de una personal entrega al servicio del prójimo en actividades de amplio campo, desde puestos de gobierno, enfrentada a prestar esas ayudas en pequeño círculo de barrio. O dejarse anular y retirarse de cualquier empeño generoso y ambicioso, si ha sido combatido con intimidación por fuerzas ajenas. Al hacer estas propuestas, el director marsellés también se confiesa, indirectamente, partidario de amores permanentes y no erráticos, como tantos otros colegas suyos patrocinan. Lo hace con la connivencia de sus actores favoritos: Ariane Ascaride (María-Natacha), Jean Pierre

Darrousin (José-Jerémie), Gérard Meylan (Roustido-Sr. Vadino), Pascale Roberts (madre de Natacha), Jacques Boudet (padre de Natacha), Mathilda Duthu (Mireille-Mylene), Youssef Sahbeddine (Vincent-Rachid).

Para Sydney Pollack, Nicole Kidman se llama Silvia Broome, figura principal de una narración de “suspense”, en *La intérprete* (EEUU). Sean Penn (Tobin Keller) aparece como un sensible investigador en la red de relaciones internacionales y un equipo de colaboradores, como Yvan Attal, Jesper Christensen, Catherine Keener, Earl Cameron y el propio Sydney Pollack, hacen papeles de secundarios a su lado. Una joven traductora de las Naciones Unidas escucha una voz, en susurro, que anuncia el asesinato de un jefe de Estado africano, cuya presencia en la ONU está prevista para una fecha inmediata. Dudas, intriga, dobles intenciones, datos confusos y contradictorios, tipos de rostros inquietantes, policías de actuaciones comprometidas y un héroe melancólico, Sean Penn, que corre más que el viento. En verdad, las acciones con más tensión están casi siempre a su

cargo. Alguna carencia de lógica —¿las NU no verifican los historiales de sus empleados antes de contratarlos?— e interferencia de personalidades o ambigüedades de pequeña importancia, etc., se deben al género en que está concebido el guión. Así, abundan secuencias dedicadas a persecuciones, comunes a las películas de este tipo, muchas veces repetidas. Como novedad, la filmación de la sede de Naciones Unidas, en muchos despachos, escaleras, corredores y salas, antes prohibidas para las cámaras y que se han rendido a la persistente solicitud de Pollack. Él mismo se ha admitido en el reparto, en un papel breve, aunque notable por categoría, el de alto jefe del Servicio de Protección a relevantes personalidades extranjeras. Nicole Kidman defiende un papel cambiante, algo ambiguo, y acaba como divulgadora de una lección africana sobre la benéfica resolución de no ejecutar una venganza a sangre fría. Está a punto de olvidarla, en un ajuste de cuentas personal, cuando la toma en cuenta Sean Penn, que sostenía principios diferentes, pero los cambia para salvarla a ella.

De entretenimiento puro

Miss Agente Especial, 2. (Armada y fabulosa), EEUU, 2005, de John Pasquin. Intérpretes: Sandra Bullock, Regina King, Enrique Murciano, Diedrich Bader, Heather Burns, William Shatner, Nick Offerman, Abraham Benrubi, Treat Williams, Elisabeth Rohm, Ernie Hudson, Lusia Strus, Leslie Erin Grossman, Susan Chuang, William O'Leary, John DiResta. Comedia desenfadada y adecuada para quienes no vayan al cine a reflexionar y a sacar conclusiones, a obsesionarse con causas por ganar o causas perdidas ni a cargar con un problema demasiado denso hasta casa, para no poder dormir, siempre hay donde ver una película, libre de cualquier mal rato. Evitar complicaciones y aliviar la mente de pesadeces está al alcance de uno, porque en cine abundan las ofertas que no dejan huellas dolorosas ni de otro estilo. Hay cientos de películas para mirar y olvidar. No es necesario conservar en la memoria, por ejemplo, este embrollado sainete fílmico salpicado de "gags" inocuos y en el que hay varias secuencias reincidentes centradas en una serie de peleas triviales entre dos mujeres, que empiezan como el perro

y el gato y terminan siendo buenas amigas.

Be Cool, EEUU, 2005, 114 m., de F. Gary Gray. Intérpretes: John Travolta, Uma Thurman, Danny DeVito, Vince Vaughn, Harvey Keitel, Dwayne "The Rock" Johnson, Cedric the Entertainer, André Benjamin, Christina Milian, Robert Pastorelli, Debi Mazar, James Gandolfini, Steven Tyler. Otra comedia. Tampoco F. Gary Gray se ha impuesto filmar un asunto inolvidable en esta cinta de brillantez exterior y peso ligero interior. Su máximo interés se reduce al lucimiento de figuras del estrellato cinematográfico, obedeciendo a un patrón de comedia al uso. No se consigna nada inédito. Antes bien, prácticamente, se proclama como un éxito del pasado que busca la misma acogida, simplemente repetido. Nada digno de conservar en la memoria tampoco. Se venden las estampas de unos cuantos famosos atractivos: Uma Thurman y John Travolta, en plan de pareja, principalmente, alrededor de quienes revolotean otros actores, menos guapos pero fotogénicos y no menos ilustres, como DeVito, Vaughn o Keitel. La facilidad de todos para aguantar focos y posar en cualquier

uniforme de personaje
tópico, les permite
moverse
graciosamente, sin
necesidad de
argumento especial,
pensado y estructurado
seriamente. Su finalidad
única la pueden llevar a
cabo con los ojos
cerrados: es dejar
imágenes bellas,
cromáticamente
sugestivas y entretener
al personal, sin
causarle enojos. Pues
esto vale para salvar
una tarde en calma.